

Para José Nicolás

A Horacio Sela

TU SIEMPRE dudaste Marcia, y hasta luché horas extras nomás por llevarte la contraria, pero ya ves, todo fue inútil. Con la seguridad de tu prepotencia ideológica, como siempre, me diste en la madre. Y aquí estoy, aguardando a que el jefe venga a sacarme: ¿sabés que no vendrá como la primera vez; si me va a traer para convencerlo, me va a dejar aquí la noche entera.

SOS

Y me puse a pensarte, Marcia: de la interminable fila de caras que he estado repasando en estas minutos de rapada física y moral, has sido tú la única que podría fabricarme un parchecito para la herida que tengo en el hombro, garancia del ataque de rba que me pegó en la patrullá, camino aquí. Si, Marcia, entre todas las caras que estuve arañando con el afán de darle un sentido a este rollo, sólo te encontré a ti: palabra cataplasma para aliviar un poquito estas punzadas insistentes terquita del corazón.

Suando en el fondo de este retrato, quise re-
pensarte, comparando aquellas detenciones contigo y la
raza, con el acoso del mundo en el chillido del cor-
pa y las sombras camuflando tus piernas brotadas en

202

A Horacio Salazar O.

TU SIEMPRE dudaste Marcia, y hasta luché horas extras nomás por llevarte la contraria, pero ya ves, todo fue inútil. Con la seguridad de tu prepotencia ideológica, como siempre, me diste en la madre. Y aquí estoy, aguardando a que el jefe venga a sacarme; aunque sé que no vendrá como la primera vez; si mamá no logra convencerlo, me va a dejar aquí la noche entera.

Y me puse a pensarte, Marcia; de la interminable fila de caras que he estado repasando en estos minutos de rapada física y moral, has sido tú la única que podría fabricarme un parchecito para la herida que tengo en el hombro, ganancia del ataque de risa que me pegó en la patrulla, camino aquí. Sí, Marcia, entre todas las caras que estuve arañando con el afán de darle un sentido a este rollo, sólo te encontré a ti: palabra cataplasma para aliviar un poquito estas punzadas insistentes cerquita del corazón.

Sumido en el fondo de este retrete, quise recuperarte, comparando aquellas detenciones contigo y la raza, con el acoso del mundo en el chillido del compa y las sombras camuflando tus piernas breñadas en

la bajada veloz de la Punta de la Loma tras el corto circuito al anuncio del candidato. Tu presencia orgullosa, aspirando ocultar el nerviosismo impotente ante las miradas afligidas de los demás y el mieditis compulsivo que me cercenaba el aplomo, transparentando la angustia por el ahora sí, qué nos irán a hacer; entreverando el material de conversación que después, en la Benavides, nos haría desternillarnos de risa: tan solidarios, tan lúcidos y obstinadamente dignos de nuestros años verdes.

Tú fuiste la primera que se enteró aquella mañana —tan gris que parecía de noche— en el café del Pasaje, cuando finalmente se salieron con la suya, y supiste de mi auténtica condición de extranjero en medio de aquel rebaño de ángeles caídos, y creías que me burlaba cuando te hablé de clases como “educación de la fe” embozadas bajo el título de ética; y te sonreías con esa mirada grave que me imponía —y me impone— porque confirmabas mi normal debilidad por las féminas, cuando te decía que lo único positivo del cambio eran las chavas, porque no cabía duda que la burguesía ha sido la clase social que más mujeres hermosas ha producido en la historia; y me advertías que esta flaqueza era un vicio peligrosísimo en el revolucionario. Te buscaba a ti y a las compañeras en ellas, ustedes sin afeites, sin accesorios en el acicale, con la mirada amiga de la belleza interior, y aquellas niñas encantadoras, por dentro: nada.

Y eras toda oídos a mis crónicas familiares, y me dolía esa congoja incierta que atisbaba en tus palabras, en esos ojos tuyos que siempre deducían tu destino, Marcia, ese proyecto abierto que por el pinche autoritarismo del jefe me vi privado de compartir. Recuerdas las veces que nos íbamos en la vieja

camioneta a conseguirle antiguallas, las visitas a las rancherías que aprovechábamos para hacer trabajo político entre los campesinos, sin nosotros saberlo, vendrían a cambiarme el rumbo de la brújula; quién iba a decir que las máquinas de coser inservibles, y los fonógrafos descompuestos y los marcos de cuadros arrumbados trazarian otras rutas.

Ya cuando los cachivaches nos impedían el libre tránsito por la casa, se decidió a abrir la tienda, y yo no me explicaba cómo un picaporte viejo o un candil oxidado cobraban tanto valor a los ojos de las señoras sensacionales que caían por ahí. Y a la vuelta del exitazo, ya con la infraestructura del negocio creada, de apenas para irla pasando, la cuenta en el banco empezó a crecer y con ella la caterva de veleidades; primero se sintió reivindicador de antiguos agravios y le entró una fijación por vengarse de los parientes ricos, que según esto, siempre nos habían humillado al “ayudarnos” dándonos chamba de gatos en sus empresas, por lo que los iba a alcanzar y a superar para que finalmente fueran ellos quienes buscaran nuestra amistad.

En seguida le dio por afrentarse del barrio: que vivíamos entre puros muertos de hambre. Los vecinos —amigos de toda la vida— buscaban nuestra relación para ver qué nos sacaban. Las comadres de mamá: pura vieja mal nacida. Los muchachos del barrio, gente de la peor ralea, eran muy mala compañía para nosotros. Y así dale que dale todos los días hasta que la vida familiar se tornó tan conflictiva que optamos por ceder, y fue su primer triunfo: a vivir en la del Valle, donde estaba nuestro lugar.

Después en su afán de conseguir relaciones, le dio

por meternos en todos los clubes, y mamá ya no hallaba la puerta con tanta junta del Campestre, de los Leones, Rotarios y Sembradores; de ahí salieron sus reuniones de jardinería y los té canastas y los bazares de beneficencia. Al principio batalló para adaptarse a la agitación de la nueva vida, se la pasaba añorando las tardes tranquilas tejiendo con las comadres, mientras veían las telenovelas, ahora, la vieras, está totalmente enchufada en la vida social de esta gente muy acá; en la casa sólo se ocupa de la decoración y sus violetas africanas. Papá le puso tres ayudas domésticas para que cumpliera con los compromisos, pero a pesar de las pretensiones, las manos ajadas la denuncian; y yo sé que extraña en el distanciamiento y en los fríos saludos de los vecinos de por aquí, aquel rescoldo entrañable y parejo de sus amigas del viejo barrio.

Luego vino la ofensiva educacional y hasta yo estaba admirado del cambio operado en el jefe; según él siempre se adornó de pertenecer a la corriente liberal y por ello haber llegado a figurar como Gran Maestro de la Masonería, pero el hacer dinero se le había vuelto una obsesión, y cómo era posible que sus hijos estuvieran en escuelas de Gobierno: qué quemada me voy a dar con los clientes si se enteran.

La vez que me pescó leyendo el *Manifiesto* ahí sí que estalló la crisis: que el lavado de coco, que la deformación, que los principios, que no sé qué; —papa es la ciencia... y por dónde se pasó la ciencia. —No señor, en la familia no hay una mancha todavía: no ha habido un divorcio y nadie ha pisado la cárcel; ya te veo engendro de guerrillero, estamos muy a tiempo, aplicaremos el aforismo marxista “el hombre es producto de su circunstancia”. Agua de tu propio

chocolate. Ya verás, dentro de algunos años me lo vas a agradecer: un buen colegio, muchachas de buenas familias, de tu condición social; desde ahorita hay que cuidar esas relaciones que te servirán para triunfar en la vida.

Y tú no querías, Marcia, porque sabías de mi vulnerabilidad, y hablaste con media Universidad para conseguirme chamba; para así salirme de la casa y seguir en la Prepa; pero era menor de edad y ya teníamos antecedentes de malas ondas del jefe, como aquella ocasión que me bajó de una oreja cuando estaba en el presidium del Encuentro Nacional de Dirigentes Estudiantiles en el Aula Magna, ante el estupear de todas las delegaciones que no acababan de creerlo; y la vez que movilizó a la policía de todo Garza García para detener en la carretera al camión en que nos dirigíamos al DF, al congreso de la Central Revolucionaria Estudiantil, y bajarme a punta de cachetadas ante la rechifla de toda la raza y las carcajadas festivas de la tiranía.

Me tenía amenazado con el Colegio Militar si seguía frecuentándolos, pero no me podía tener las veinticuatro horas vigilado e inventé lo del entrenamiento deportivo, y los miércoles y los sábados en las reuniones, les informaba de las perspectivas políticas en la “Latino”

Había llegado en plena campaña electoral y era como para arrancarse los pelos de la desesperación; los niños estaban anulados, totalmente fuera de la olla, empezando por los nombres de las planillas: *Jean* y *Kiss*, háganme el sagrado favor, la pura cogedencia imperialista, y la forma de allegarse los votos no eran los programas de trabajo, ni los discursos encendidos,

sino los lentes negros, las mascadas, las plumas, los ceniceros, las camisetas, los llaveros, los aretes, todas las muestras gratis de los productos que se fabrican en las empresas de papá, y claro, el sonido más estridente, a la hora del descanso, era el más fregón.

La bronca estaba supergruesa, perfilamos la táctica de empezar por contaminarme y hacerme cuate de los que viera despabilados para luego integrarlos en un círculo de estudios, darles cierto sustento teórico y luego iniciarlos en la militancia: con un grupo integrado, ya la lucha se daría en un nivel más amplio. Y eras tú la que me impulsaba, Marcia, porque tú, más que nadie, sabías que estaba cabrón, cómo iba yo a cambiar el punto de vista social de la institución, cómo iba yo a hacerles entender a esos chavos que todos los esquemas de trabajo de sus planillas no valían madre: las convivencias, los certámenes para elegir la reina de la simpatía y el rey feo, los *rallys*, las rifas de autos para las misiones, la proyección de la rondalla, la venta de esclavos, la organización de todo el aparato para el lucimiento del baile del graduación... que nada de eso tenía importancia; que sí había esclavos de verdad: la carne de trabajo en las fábricas de papá, viviendo en condiciones infrahumanas. Que sus carros superequipados podían servir para causas útiles. Era tu moral la que me movía en la extrañeza de ese feudo medieval, y en mi ingenuidad acariciaba la posibilidad de llegar a vencer. Imaginaba la eventualidad de aprovechar la ventaja de que todos tenían que ayudar al movimiento, cuando se realizara una campaña amplia; utilizando todos sus carros, en las pegas y en las pintas de una noche tapizaríamos de propaganda la ciudad; o para la organización de mítines diarios en todas las colonias, para transportar los aparatos de sonido, mantas, pancartas, panfletos.

Pero pasaba el tiempo, y no lograba avanzar en lo planeado, y como siempre encontrabas las salidas románticas: que siempre las minorías habían sido las que han movido la historia, que yo tenía que ser la chispa que encendiera la pradera. Pero yo no era minoría, y estaba visto que de chispa tampoco la hacía, porque estaba más sólo que los sobrevivientes de los Andes en ese reducto del III Reich, donde no tenía el aliviane alivianante del saludo fraternal de un camarada matutino que presentara la sana opción de seguir saludándonos en edificante grilla en el café frente a la Plaza. Allí no tenía la esperanzadora posibilidad de encontrarte casualmente en el descanso de la escalera y mientras me presentaras a firmar una carta dirigida al Secretario General de la ONU, denunciando a los torturadores de la Judicial regiomontana, robarte un beso jineteado, aunque no me hablaras en tres días y me amenazaras con proponer, en la reunión semanal de la célula, la imperiosa necesidad de mi expulsión por mis liberalidades y ligerezas de pequeño burgués adicto a la caja idiota.

Y el proceso de asimilación fue aniquilante, Marcia, tú supiste desde el principio que era imposible la jornada, que era como pedirle peras al olmo. Y te dolía verme cómo me resistía, cómo quería obligar a las circunstancias a que no me aglutinaran. Yo estaba ahí para rescatar a los compañeros de ese sofisma de vida que llevaban, pero estaba de la fregada; un lance muy cuesta arriba.

Al principio temía por el pase del semestre, ya ni llevo la cuenta de las veces que me han expulsado. Aquella disciplina de Kinder que tanto te divertía, cuando te comentaba que las tres visitas al prefecto ameritaban expulsión de una semana, es lo que ahori-

ta me tiene bien jodido; el control de faltas es rigidísimo y estoy superfichado con todos los maestros: Ciencias Sociales por defender a Salvador Allende, Biológicas por ser amigo de Oparin, Literatura por protestarle a la monja la lectura del *Archipiélago Gulag*. El único maestro decente, seglar, claro, es el de Problemas Filosóficos, y me platicó que de seguro no le van a renovar su contrato el próximo semestre por haberse aventado la puntada de decir en una junta de maestros que los alumnos debían tener injerencia en las decisiones que los afectan. El "hermano" que da Economía, simplemente no quiere saber nada de mí desde el primer día de clase en que impugné su imposición del libro de texto de Samuelson.

Y todos estos detalles, Marcia, quieras que no, me iban minando, iban resquebrajando la tarea original. Yo, con todo el trabajo que me ha costado crear me este aire permanente de persona reflexiva, he pescado una fama de excéntrico, de algo así como lacra social que me ha hecho popular en el plantel, y hasta he ganado adeptos, pero por la pose Marcia, nomás porque creían que lo mío era puro afán de joder a la autoridad. Algunos acelerados pensaban que traía una onda satánica a lo Manson, que le diéramos para adelante si se trataba de ultimar a gente fea. En cuanto les tiraba la onda del marxismo, de la necesidad de crear un grupo político para acabar con la disciplina de campo de concentración del colegio, me mandaban por un tubo, la pura dejadez, nada conmigo.

Te juro, Marcia, que de todas las seguridades, era el único que estudiaba diariamente, y era el peor del grupo. Estos cuates, Marcia, en el tono anacuo, la pura frivolidad: el corte de pelo, la ropa de McAllen, los últimos pasos, los rines del carro, la loción más re-

ciente, el vibrador superefectivo, los canales porno que captan las parabólicas, la mota colombiana, las bocinas del estéreo, los nuevos afrodisíacos, los *videocassettes* de películas en cartelera, las cintas buenísimas; y de ahí no los sacas, lo único que no te compran, ni por error, son los libros de texto y como papi es miembro del patronato que está subvencionando la construcción de la nueva ala del colegio, no hay pedo, ves.

Mi decisión de no entrar a la capilla cuando había misa de obligación para conmemorar alguna fiesta religiosa, o la celebración de algún rosario por las misiones en el Asia o por la vocación sacerdotal, que anda fallándoles gacho, originó que me pasara en faltas en Cálculo, materia que debía impartir el hermano en dichas horas empleadas en la piedad.

Luego está Sonia, no, nunca te hablé de ella, tal vez porque no he abandonado la posibilidad de que llegara a haber algo entre nosotros; pero qué necio, no. Bueno, ella es tu antítesis, y apareció desde el primer día ofreciéndome un aventón a la salida de clases, y yo acepté, porque era la coyuntura dentro de ese sentimiento generalizado y subyacente de rechazo hacia mí, el advenedizo, el que venía de la de los pobres, pecado difícil de perdonar por estos hijos de Reagan. Y me ganó, Marcia, en el trayecto me salió con que si no pertenecía a la corriente polanskiana partidaria de la violación abrupta de adolescentes ofrecedoras de *raids*, porque de ser así, ella era simpatizante pagada de esa causa, y la cosa se ponía interesante porque en la cajuelita había un toquesín de bienvenida y el asiento del auto se hacía cama de lo más cómoda y conocía un paraje por Laguna de Sánchez que ni los bosques nórdicos; y así con bola de rollos salidísimos sacándo-